

card atacó sucesivamente á Griegos y Lombardos, y se apoderó de Amalfi, de Sabren y del ducado de Benevento (1074-1078). Las ciudades marítimas de Bari, Tarento y Otranto se rindieron despues, y con ellas espiró la dominacion griega en Italia (1080). La ambicion habia exaltado el ánimo de Roberto hasta hacerlo soñar con la conquista del imperio de Constantinopla. Púsose en marcha con este objeto, pero murió en brazos de la victoria en Cefalonia (1084). Sus hijos no pudieron sostener el esplendor de su fortuna, y su reino pasó en 1127 á los descendientes de su hermano Roger.

Conquista de la Sicilia (1061-1101). Mientras que Roberto conquistaba la Italia meridional, Roger trabajaba por apoderarse de la Sicilia. Los Sarracenos, que la poseían, se veían envueltos en la guerra civil. Su emir se habia hecho independiente cuando los califas fatimitas de Cairoan habian transportado al Cairo el asiento de su dominacion (1025). Pero no habia podido someter la isla entera. Al rededor suyo se levantaron muchos emires que formaron Estados independientes. Cinco habia cuando Roger llegó á Sicilia. A favor de sus discordias, se estableció en primer lugar en Mesina (1061), y despues en Palermo y Catania (1072), recibiendo de Alejandro II el título de conde de Sicilia en 1090. En esta época domipaba él toda la isla y el peñon de Malta que habia conquistado el año precedente (1089), reinando hasta el de 1101. Su hijo Roger II adquirió derechos sobre la Italia meridional por muerte de Guillermo, último heredero de Roberto Guiscard. Él los hizo reconocer con las armas en la mano, y despues de la victoria fue proclamado rey en Palermo (1130). Así se fundó el reino de las Dos-Sicilias.

CAPITULO IV.

De la sociedad civil y de la Iglesia, de las ciencias y de las letras en Occidente, desde Carlomagno hasta san Gregorio VII (1).

Todas las revoluciones que han agitado el Occidente desde Carlomagno hasta san Gregorio VII han producido una decadencia visible y profunda en las instituciones civiles y religiosas, en las letras y en las ciencias. Pero esta decadencia no es el signo de ruina; por el contrario, bajo la accion de la Providencia se convierte en elemento de progreso. El orden civil sale de tan ruda prueba con una organizacion mejor determinada, y con un sistema administrativo en perfecta consonancia con las necesidades de la época. Si la Iglesia padece durante algun tiempo, triunfa por fin de todos los obstáculos que entorpecen su accion, y brilla despues con nuevo esplendor. La ciencia vuelve á aparecer con ella en la escena, y alumbra al mundo con sus luces. Por esta razon se puede decir que la Providencia deja descansar un momento á la cristiandad para darle en seguida un nuevo impulso por la via del progreso.

§ I. De la sociedad civil.

Del sistema feudal. Los trastornos que sufrieron las instituciones civiles de resultas del fraccionamiento del imperio de Carlomagno y de las invasiones de los Normandos, acarrearón un cambio considerable en el orden político. Los pueblos se dividieron á lo infinito; pero gracias al pensamiento que los unia, esta desmembracion no aniquiló su vida social. De las ruinas de su antigua constitucion surgió un orden

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Mably, *Observations sur l'histoire de France*; Guizot, *Essais et Histoire de la civilisation en France*, t. III et IV; Hallan, *De l'Europe au moyen áge*; Baronius, *Annales ecclesiastici*; Voigt, *Histoire de saint Grégoire VII*; Helyot, *Histoire des ordres religieux*; D. Rivet, *Histoire littéraire de la France*; Schoell, *Histoire de la littérature latine*; Theod. Barette, *Cahiers d'histoire littéraire*; Hock, *Histoire du pape Sylvestre II et de son siècle*; Sismondi, *De la littérature du midi de l'Europe*.

nuevo de cosas que conservó cierta unidad en el seno mismo de sus divisiones. Este nuevo sistema se llamó el feudalismo. Según este sistema, el que se hallaba á la cabeza de toda la cristiandad, era el soberano pontífice. En su calidad de vicario de Jesucristo en la tierra, se le consideraba como depositario de todo poder, es decir, del poder temporal y del poder espiritual. Y como un mismo hombre no podría ejercer estos dos poderes, porque los deberes de la monarquía son incompatibles con los del sacerdocio, el soberano pontífice disponía en favor de un príncipe cristiano de la plenitud del poder temporal. El designado por él era emperador. Este prometía protección y fidelidad á la Iglesia romana, y cuando faltaba á su juramento, el papa podía privarlo del poder soberano de que lo había investido, y deponerlo. Debajo del emperador estaban los reyes. Ellos debían defender también la Iglesia católica, y los pueblos solo los reconocían por soberanos mientras permanecían fieles á las leyes de la Iglesia. Por esta causa el papa y algunas veces los obispos podían deponerlos, si infringían las leyes generales que regían á toda la cristiandad. Después de los reyes seguían los duques, los condes y todos los señores dependientes los unos de los otros, y debiéndose por este motivo pleito-homenaje. Todo señor era soberano en su territorio. El rey no ejercía una jurisdicción inmediata mas que en los dominios de la corona. Su derecho sobre sus vasallos se limitaba á llamarlos para que lo asistieran en la guerra en el caso de un peligro común, y aun así, el tiempo que debían permanecer á su servicio se hallaba arreglado por ciertas costumbres y reglamentos. Cada señorío tenía sus leyes especiales, dictadas y variables por la voluntad del señor. Por eso se ha dicho que había en Europa tantos Estados despóticos como había ducados, condados y señoríos.

Cómo se ha establecido el feudalismo. El origen de las instituciones feudales es puramente bárbaro. Sus primeros vestigios se descubren en los establecimientos de los Germanos después de la caída del imperio romano. Pero este sistema no llegó á perfecta madurez hasta después de haber atrave-

sado todas las guerras interiores que arruinaron el imperio carolingio. Carlomagno había dividido su imperio en condados. Para poner coto á las tentativas, ó por lo menos al espíritu de independencia que animaba á los condes, había encerrado por de pronto su jurisdicción en límites reducidos, y no había permitido que reuniera unos varios condados bajo su dependencia. Luis el Pio y Carlos el Calvo no tuvieron bastante firmeza para conservar esta severa y útil disciplina. Los condes intrigantes se aprovecharon de su debilidad para acumular cargos y arrogarse el gobierno de muchos condados. De esta suerte impusieron temor á la corona, é hicieron declarar su autoridad hereditaria. Carlos el Calvo sancionó en Francia esta trasmisión de los feudos, Conrado II hizo lo mismo en Alemania, y un poco antes en Italia. Poseedores de grandes dominios estos condes ó duques, y no pudiendo vigilar ni regir todo por sí mismos, desmembraron parte de sus dominios en favor de algunos parciales suyos, con la condición de que les juraran fidelidad y les rindieran homenaje. Estos nuevos señores eran por consiguiente sus vasallos, y estos actos se llamaron *sub-infeudaciones*.

Otras causas diversas produjeron también el cambio de las tierras alodiales ó libres en tierras feudales. La mas importante de todas fue la conocida con el nombre de *recomendación*. En medio de las revueltas que favorecían toda usurpación, los propietarios de tierras alodiales, que no tenían fuerzas suficientes para defenderse contra los invasores que los molestaban, se vieron obligados á implorar el apoyo de algunos señores, poseedores de dominios mas vastos y á *recomendarse* á su protección. Estos les prometieron su auxilio, pero á condición de que les enfeudaran sus tierras. De esta manera los vasallos de los grandes señores tuvieron á su vez otros vasallos sometidos á sus órdenes. Y así se convirtieron todas las tierras en feudos, y dieron al nuevo orden de cosas el nombre de sistema *feudal*. Sin embargo, aun quedaron algunas tierras libres en el mediodía de Francia, en Italia y en algunas partes de Alemania.

Diversos caracteres del sistema feudal en las diferentes naciones de Europa. No se debe creer que el feudalismo se desar-

rolló uniformemente en todos los países en donde se estableció. En Francia adquirió mas extensión y regularidad que en todas partes. Desde Carlos el Gordo hasta Felipe I la monarquía corrió graves peligros. Los primeros Capetos no tuvieron realmente mas poder que el que ejercían como duques de Francia. Los señores eran independientes, y poseían la plenitud del poder legislativo y judicial en sus dominios. Las últimas capitulares son de Carloman, y datan de 882. En tiempo de Hugo había mas de ciento cincuenta señores que poseían el derecho de acuñar moneda. El rey no percibía de ellos ninguna contribucion, y las asambleas nacionales no reaparecieron hasta el reinado de Luis VII.

La Alemania no estaba tan dividida. Aunque fraccionada en muchos Estados independientes, el poder imperial mantenía su unidad constituyendo un centro que influía sobre la nación. Así, mientras la monarquía se oscurecía en Francia, se engrandecían en Alemania los príncipes de la casa de Sajonia y de la casa de Franconia.

En Italia, después de la ruina de las instituciones de los Carolingios, la monarquía no pudo arraigarse, y comenzaron á despuntar las constituciones republicanas en las principales ciudades de aquella nación. Milan, Pisa, Luca y todas las ciudades lombardas propendieron hácia esta forma de gobierno. Nápoles y el mediodía de Italia fueron sometidos por los Normandos al régimen feudal.

La Inglaterra recibió de Alfredo el Grande los primeros elementos de este sistema, pero los Normandos completaron su desarrollo después de la conquista de Guillermo. El norte de España siguió las huellas de Francia. Pero Castilla y Portugal no han conocido jamás el sistema feudal con la extensión que las naciones citadas. Sin embargo su nobleza representa un gran papel, como en los Estados del Norte, siendo este el elemento principal que estos dos pueblos recibieron de la constitucion general de la edad media.

Inconvenientes y ventajas del sistema feudal. El pueblo estaba esclavizado bajo el régimen feudal, viéndose obligado á satisfacer los caprichos de un señor que era frecuentemente

un tirano. La gerarquía social del feudalismo constituía una unidad mas bien aparente que real. Esta multitud de señoríos independientes era causa constante de guerras civiles que perjudicaban á la nación aniquilando sus fuerzas. No obstante, el feudalismo prestó servicios á la humanidad. Ignorante y degradado por esta razón el pueblo, convenia quizá que estuviera sujeto á una autoridad rígida y severa. Si hubiera gozado de la libertad, sus inclinaciones groseras lo hubieran dominado, y el pueblo hubiera vuelto á la barbarie á través de la anarquía. Además el poder de los señores y su independencia respectó de su *gefe*, fueron muy útiles para hacer respetar el derecho *privado*, y para impedir que la Europa fuese presa de un solo soberano. Porque si el genio ambicioso de un Othon ó de un Federico Barbaroja hubiera podido disponer á su antojo de todas las naciones, ¿quién sabe dónde se hubiera parado su despotismo? Además la servidumbre feudal no tuvo el carácter de embrutecimiento que tuvo la esclavitud, por ejemplo, bajo el despotismo asiático. Las ideas de honor, de fidelidad y de abnegacion estaban grabadas en todos los corazones. Ellas sirvieron al progreso moral de la humanidad; ellas corrigieron la bajeza, la perfidia y el egoismo del mundo antiguo, y fueron la fuente de muchos actos de heroica virtud.

§ II. De la Iglesia.

Del estado de la Iglesia en general. — La Iglesia había florecido en tiempo de Carlomagno. Las reformas emprendidas y ejecutadas por san Benito de Aniana en el reinado de Luis el Pio, aumentaron su esplendor. Pero desgraciadamente las invasiones de los Normandos la precipitaron en un abismo de dolores. Los monjes se vieron obligados á abandonar sus monasterios, y la relajacion general de la disciplina multiplicó inmensamente los desórdenes. La doble llaga de la incontinencia y de la simonía, que había contristado tanto á la Iglesia, se abrió de nuevo y llenó de corrupcion el santuario. Sin embargo, durante todo este período de desolacion, la Iglesia no dejó de ser visiblemente sostenida por Dios. Consolábanla los ejemplos de los santos en el momento mismo en que deploraba los extravíos de un número cre-

cido de sus miembros; y ya hemos visto que aun en aquellos dias de tristeza, convertia á la fe á nuevas naciones, haciendo entrar en su seno á todos los pueblos del este y del norte de Europa.

Del pontificado. — Ni se vió siquiera exenta Roma de los estragos que asaltaron en aquella época á la Iglesia. Aunque no manchaban los papas, como se ha pretendido, la silla que ocupaban, sin embargo todos no tuvieron las virtudes que exigia la altura de su posicion. Algunos hubo que apenas tuvieron mas ideas ni mas ocupaciones que las mundanas. Los que eran santos, se hallaban tan encadenados por las facciones, que no podian ejercer exteriormente ningun influjo. Para librarlos de semejante esclavitud, intervinieron los emperadores, pero solo hicieron sustituir su despotismo á la anarquía. Ellos se arrogaron el derecho de nombrar papas, y robaron á la santa sede toda su independencia. La política de Othon soldó las cadenas que debian caer á los rudos golpes de Hildebrando, que fue san Gregorio VII.

De los obispos. — El despotismo de los príncipes que tenia subyugada á Roma, pesaba tambien sobre los obispos. Bajo el pretexto de que los obispos, en razon de sus posesiones, gozaban de mucha autoridad temporal, los reyes pretendieron que á ellos les pertenecia el derecho de nombrarlos. Usurparon pues esta prerogativa, y se sirvieron de ella para hacer un tráfico sacrilego. Saçaban á pública subasta las sillas episcopales, ó las reservaban para recompensar los servicios militares de sus favoritos. De esta manera eran conferidas las dignidades eclesiásticas á hombres incapaces ó indignos. Los que las habian obtenido á precio de oro se indemnizaban en seguida vendiendo los curatos, y la simonía fue así la llaga general de la Iglesia.

De los monasterios. — Los estragos de los Normandos habiendo obligado á los religiosos á huir de los monasterios, los mayores desórdenes tuvieron lugar. Los monjes vivieron errantes algun tiempo, imposibilitados de continuar la práctica de sus institutos. El contacto del mundo fue pernicioso á la virtud de muchos, y cuando la paz general los permitió restituirse á sus claustros, ya no volvieron con igual fervor. Olvidóse la regla primitiva, y se vivió con suma independencia. Pero no tardó Dios en suscitar nuevos reformadores; san Ricardo de Verdun, san Guillermo de Dijon y san Odon de Cluny cambiaron la faz entera de Francia, extendiendo la influencia de sus reformas hasta Alemania é Italia. Es de observar que introduciendo estas reformas, y haciendo adoptar á los religiosos la antigua disciplina, prepararon la renovacion intelectual y moral de toda la cristiandad. Entonces se vió florecer de repente á las ciencias y á las letras, y salir de los monasterios un número considerable de hombres distinguidos. En Cluny se formó el ca-

rácter de san Gregorio VII, que mereció ser llamado el salvador del mundo y de la cristiandad.

§ III. De las ciencias y de las letras.

Estado de las letras en el siglo ix. Carlomagno habia reunido al rededor de su trono á todos los sabios de la Europa cristiana para estimular su talento y realzar el esplendor de su diadema. Luis el Pio y Cárlos el Calvo lo imitaron á pesar de los trastornos que desolaron sus reinados. Tambien ellos procuraron rodearse de todos los hombres notables que brillaron en su siglo. La actividad intelectual penetró entonces en el campo de las profundas teorías teológicas y filosóficas. Scot-Erigenes resucitó con sus atrevidas concepciones el problema de la predestinacion que habia preocupado tanto á san Agustin. El monge Gothescale exageró hasta la herejía los errores de Scot. Uno y otro encontraron robustos adversarios en Florus, diácono de Lyon, en Ratramno, en Rhaban Mauro y en Pascasio Ratbert. Pero el primer hombre del siglo ix fue sin disputa Himenar de Reims. Todo el mundo reconocía su saber, y se puede decir que él estuvo en Francia á la cabeza del Estado y de la Iglesia. Pero despues de la muerte de Cárlos el Calvo toda luz se apaga, y detras de Himenar las tinieblas fueron muy densas. A fines del siglo ix y principios del x, la noche de la ignorancia cubrió igualmente la Alemania y la Italia. A la Inglaterra la preservó un poco de la oscuridad el genio de Alfredo el Grande, que habia enviado á Francia en 883, poco despues de la muerte de Cárlos el Calvo, una embajada compuesta de Francos, de obispos, de sacerdotes y de diáconos para formar maestros, como si hubiera querido arrebatar las últimas luces de este país.

Del renacimiento de las letras en el siglo x. De Alemania fue de donde partió el primer movimiento de regeneracion intelectual, provocado por el genio de Othon el Grande. Este emperador hizo en sus Estados lo que habia hecho Carlomagno en Europa y Alfredo el Grande en Inglaterra. Él favoreció las letras honrando á los sabios que les habian conce-

dido un asilo en los monasterios durante los siglos de decadencia. Muy pronto fueron coronados sus esfuerzos con el mejor éxito. La Alemania salió de su apatía, fundáronse numerosas escuelas, y en todas partes se despertó la emulación y el amor al estudio. Los mismos príncipes quisieron instruirse, y se vió á los Burkard de Suabia, los Enriques de Baviera y á otros muchos gloriarse de su saber. Esta actividad de Alemania se comunicó á Francia y se desarrolló prodigiosamente. Entre todas las escuelas que se formaron se distinguieron las abadias de Cluny y de Fleury, y entre los hombres célebres el historiador Flodoardo y el canónista Abbon. La Inglaterra, que se habia sumergido en una ignorancia letárgica despues del reinado de Alfredo, se asoció al movimiento que removia al continente impulsada por el celo reformador de san Dunstan. Aunque la Italia pudo hacer alarde en aquella época de algunos sabios, como por ejemplo el obispo de Cremona Luitprando, sin embargo andaba un poco rezagada respecto del resto de Europa. Mucho tiempo hacia que los pontífices de Roma dormian en la barca de san Pedro. Pero la Providencia puso fin á aquel sopor poniendo á la cabeza del mundo cristiano al hombre mas eminente del siglo décimo, al immortal Gerberto que tomó el nombre de Silvestre II. Este sabio ilustre que habia pasado á España á instruirse con los Arabes, y que habia reunido así á todos los conocimientos eclesiásticos de su edad toda la ciencia profana, pudo ser considerado como la verdadera personificación de su siglo. Nombrado papa, contribuyó mucho al progreso intelectual, y contó en rededor suyo una multitud de discípulos que fueron la gloria del siglo que inauguró tan magníficamente su pontificado. Este papa murió el 42 de mayo de 1003.

Del progreso de las letras en el siglo XI. Desde Silvestre II hasta san Gregorio VIII, la actividad de las inteligencias fué siempre en aumento. Entre las escuelas notables citaremos la de Reims, célebre por el mismo Gerberto, y por su presidente san Bruno, fundador de los cartujos, y en Normandía la del Bec que tuvo por directores á Lanfranc y á san Anselmo. Los

dos fueron arzobispos de Cantorbery, y su escuela tuvo la gloria de dar ademas á la Iglesia un papa, ocho obispos y muchos abades. Al rededor y á la sombra de estas grandes abadias brillaron una multitud de escuelas, que prepararon la grandeza científica de la edad media.

De las lenguas nacionales. La lengua latina era la única lengua de las escuelas. Despues de la invasion se alteró considerablemente entre el pueblo. Vencedores y vencidos mezclaron sus idiomas, y formaron un lenguaje bárbaro. Este dialecto grosero fue al principio muy variado. Teniendo los diferentes países pocas relaciones mútuas, cada localidad expresaba sus pensamientos de una manera que le era peculiar. Sin embargo, las relaciones que los acontecimientos políticos establecieron entre los hombres de una misma nacion hicieron desaparecer insensiblemente estas diferencias, y cada país se encontró con una lengua propia, que fue la expresion ó la imágen de su carácter. Dividida la Francia políticamente en dos partes muy distintas, el Norte y el Mediodía, poseyó dos lenguas diferentes, la lengua del Mediodía, llamada la lengua de *oc*, la cual produjo la literatura provenzal, y la lengua del Norte, llamada la lengua de *oïl*, que creó la literatura Walona. En España hubo casi tantos dialectos como Estados. En Cataluña se hablaba el limosin, el castellano en Asturias, Castilla y el reino de Leon, el vascuence en Vizcaya y Navarra, y el gallego en Galicia. La lengua italiana se formó mas tarde. El dialecto del Mediodía de Francia se generalizó mientras duró el reino de Arlés. Las demas lenguas de Europa se formaron entre los siglos x y xi. Pero no tuvieron un escritor propiamente dicho: las literaturas nacionales no dejaron monumentos hasta el siglo siguiente.